

## Jueves II de Cuaresma



29 de febrero de 2024

Jr 17, 5-10

Sal 1

Lc 16, 19-31

P. Eduardo Suanzes, msp

No debió ser fácil para los discípulos<sup>1</sup> acostumbrarse a las imágenes sorprendentes que empleaba Jesús en sus parábolas para hablar de su Padre. Él mostraba un Dios desprovisto de los atributos propios de la divinidad (inmutabilidad, equidistancia, impassibilidad...) y dominado en cambio por emociones propias de los humanos.

La imagen de hoy es la de un observador parcial con los ojos puestos donde casi nadie mira: el umbral de la casa en el que yace Lázaro; o, en otros casos, los lugares donde los más débiles son maltratados por los fuertes, como la cuneta del camino en el episodio del buen samaritano...

Eran imágenes a las que sus discípulos no estaban acostumbrados y por eso el Maestro necesitó mucho tiempo y mucha paciente insistencia para desalojar las viejas ideas que poblaban su imaginario. El hombre que acumulaba más y más trigo en sus graneros, frotándose las manos por tanta ganancia, en realidad no era digno de envidia sino de lástima<sup>2</sup>; y lo mismo ocurre con este rico que vivía en la opulencia, mientras que el pobre Lázaro que mendigaba a su puerta, va a parar al seno de Abraham. En este caso Jesús destruye la imagen de que al rico le tiene que ir bien por ser rico, porque es una bendición de Dios. No es que Jesús quiera decir que a los ricos les va a ir mal porque son ricos, y que el pobre encontrará la bienaventuranza por serlo; lo que quiere decir es que al rico no le tiene que ir bien por serlo, que ese era el sentir judío. Los discípulos tenían que consentir a que Dios estuviera más allá de lo que pensaban sobre Él, se abriera paso en sus corazones y les revelara quiénes eran para Él.

El rico es pintado con todo lujo de detalles: vive en la ostentación, pasea soberbiamente su riqueza, es refinado en su placer, se revuelca en su materialismo, vocea su lujo sin pensar que hiere a los que le rodean. Pero no tienen nombre. Lázaro es la única figura de una parábola que tiene un nombre<sup>3</sup>; el nombre, «*Dios ayuda*», tiene una significación especial. Lázaro es un mendigo, lisiado, afectado de una enfermedad de la piel, que tiene su puesto de mendigo en la calle ante la puerta de entrada del palacio del rico; desde allí, a los que pasan, les pide una limosna. Lo que desearía comer Lázaro no son las migas que caen al suelo, sino los trozos de pan que se utilizaban para empapar en el plato y para limpiarse las manos y luego se arrojaban bajo la mesa. ¡Qué a gusto hubiese calmado su hambre con ellos! Los perros son perros callejeros, vagabundos, de los que casi no se puede defender el

---

<sup>1</sup>Cfr. DOLORES ALEIXANDRE, RSCJ. *Hacerse discípulos. Una atracción del Padre*. Ed. Claretiana. Buenos Aires 2007

<sup>2</sup> Lc 12,16-21

<sup>3</sup> Cfr. JOACHIM JEREMÍAS. *Las parábolas de Jesús*. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra) 1974

lisiado, abandonado y apenas vestido. Para el pensamiento del judaísmo antiguo sobre la retribución está caracterizado por su destino como un pecador castigado por Dios. Por eso, lo que sucede a continuación es inesperado para los oyentes.

La parábola tiene un doble punto culminante. El primer punto culminante es el cambio de destino en el más allá: Lázaro en el seno de Abraham y el rico en el lugar del castigo; el segundo punto culminante es el rechazo de las dos peticiones del rico, de que le envíen a Lázaro y de enviarlo a sus cinco hermanos. Es decir: Jesús no quiere tomar posición frente al problema de ricos y pobres, tampoco quiere dar una enseñanza sobre la vida después de la muerte, sino que narra la parábola para advertir de la catástrofe inminente a hombres que se parecen al rico y a sus hermanos, a los hombres que en lugar de construir puentes con sus hermanos construyen zanjas, abismos entre unos y otros.

Es importante darnos cuenta que en este episodio Lázaro y el rico estaban muy cerca el uno del otro, pero les separaba el abismo de la indiferencia del segundo. Eso hacía que nunca se produjera entre ellos un encuentro, sino todo lo contrario: Lázaro no existía para el rico, aunque lo veía a la puerta de su casa. Jesús, con esta parábola nos dice que los responsables de desencuentros con sus hermanos no son juzgados a partir de su «credo» sino a partir de su «praxis». No son, por tanto, nuestras declaraciones de intenciones fraternas lo que importan: lo que cuenta son los pequeños pasos que demos hacia los otros<sup>4</sup>.

Una vez más Jesús no nos habla del «más allá», como pudiera parecer, sino del «más acá». El rico Epulón debe ayudar a su hermano Lázaro, y los hermanos del rico deberán hacer lo mismo. Porque si no se adhieren a la palabra de Jesús aquí y ahora, ni aunque resucite un muerto proveniente del «más allá» les cambiará el corazón.

---

<sup>4</sup> Cfr. DOLORES ALEIXANDRE, RSCJ. *Un tesoro escondido. Las parábolas de Jesús*. Colección Maná. Ed. CCS. Madrid 2012